

rrasco sugiere, en la conclusión de su libro, que el pensamiento filosófico de Ors, forjado en la resistencia a los males de un fin de siglo, cobra actualidad a principios de otro. Si Ortega pudo decir de sí mismo que era “nada moderno y muy siglo XX”, tal vez Ors sea, inesperadamente, un pensador del siglo XXI.

Antonio Lastra. Instituto Franklin de Investigación en
Pensamiento Norteamericano (Universidad de Alcalá)
antoniolastra@latorredelvirrey.es

MOORE, ADRIAN W.

The Evolution of Modern Metaphysics: Making Sense of Things, Cambridge University Press, Cambridge, 2012, 668 pp.

La evolución de la metafísica moderna: el modo de configurar el sentido de la cosas, analiza las sucesivas transformaciones ocurridas desde el siglo XVII en el análisis de los presupuestos del significado compartido otorgado a los objetos. Según A. W. Moore, se trata de un proceso preferentemente semiótico cuya génesis se debe retrotraer a la propia génesis del pensamiento moderno, desde Descartes, Spinoza, Hume, hasta Kant, Fichte o Hegel. De este modo habrían sido estos pensadores modernos los que, como presupuesto de su respectiva filosofía de la conciencia, habrían fijado los requisitos *semióticos* irrenunciables que deben cumplir los procesos de conocimiento humano para que posteriormente se pueda garantizar de un modo *intersubjetivo* sus posibilidades de verificación o falsación experimental, de verdad o falsedad, al modo como ya fue establecido por la crítica del sentido del primer Wittgenstein en el *Tractatus*.

Este proceso habría tenido tres fases. En un primer momento, esta consideración exclusivamente *semiótica* habría permitido otorgar un valor muy secundario a la consideración en sí de los objetos y representaciones, dado que lo decisivo desde este punto de vista sería el *sentido compartido* que se les otorga de un modo intersubjetivo. Además, posteriormente, en un segundo momento, también se habría comprobado la reproducción de un proceso semiótico similar en los

ulteriores desarrollos de la filosofía analítica, desde Frege a Wittgenstein, así como en Carnap, Quine, Lewis o Dummett. Finalmente, en un tercer y definitivo momento estas propuestas también se habrían extrapolado a numerosas tradiciones de pensamiento no analíticas, como especialmente habría ocurrido en los casos de Nietzsche, Bergson, Husserl, Heidegger, Collingwood, Derrida o Deleuze, al que ahora se toma como la cima de este proceso, tanto por la radicalidad o transcendencia de sus análisis, como por el grado de creatividad y novedad que se le atribuye.

A este respecto Moore considera que la tarea básica de la metafísica moderna fue separar tres problemas netamente distintos: a) el problema de la *transcendencia* o la *inmanencia* de este mismo tipo de *sentidos compartidos* que se puede llegar a otorgar a los objetos y representaciones del conocimiento y del lenguaje, según se remitan a unos presupuestos que se sitúan más allá de la propia conciencia o del propio lenguaje, o por el contrario, según se rechace esta misma posibilidad; b) el problema de la *novedad* o la *redundancia* de este mismo tipo de análisis críticos de sentido, según se postule una *revisión* verdaderamente revolucionaria de sus respectivos presupuestos o, por el contrario, se conforme más bien con alcanzar una descripción metafísica meramente reiterativa o redundante de este tipo de presupuestos convencionales, c) el problema de la *creatividad* o la *recursividad* recíproca entre los respectivos presupuestos de la correspondiente crítica del sentido, según sean o no intercambiables entre sí de un modo convencional, y según aporten o no un punto de vista verdaderamente original que los pudiera hacer verdaderamente incommensurables recíprocamente.

Además, la crítica de sentido habría seguido tres estrategias netamente diferenciadas para conseguir este objetivo, a saber: a) la *ciencia*, cuando pasa a desarrollar un papel estrictamente *metafísico* a la hora de determinar las condiciones de posibilidad que deben reunir los objetos y las representaciones del conocimiento o del lenguaje para poderles otorgar un sentido verdaderamente compartido, según se consideren verdaderos o falsos o, por el contrario, un claro sinsentido; b) la *ética*, cuando otorga un claro sentido compartido a determinadas proposiciones de futuro que son de imposible verificación para la ciencia, sin tampoco poderlas considerar un sinsentido, estableciendo una clara se-

paración entre el posible sentido ético de un acontecimiento futuro, el posible sentido real efectivo de un objeto o representación en la actualidad y lo que constituye un absoluto sinsentido, ya sea respecto del pasado, presente o futuro; c) la *teología*, finalmente, que introduce *identidades relativas*, distinguiendo entre el sentido absoluto de un concepto o representación respecto del meramente relativo según el tipo de referencia a la que se remitan, como ocurre con la trinidad de personas en Dios, al menos según Geach. Finalmente, Moore proyecta este triple punto de vista sobre cada filósofo en particular a fin de caracterizarlos adecuadamente en este triple aspecto.

Para conseguir este objetivo la obra se divide en tres partes. a) *El periodo inicial moderno* analiza siete filósofos. Descartes puso la metafísica al servicio de la ciencia, Spinoza al servicio de la ética, Leibniz al de la teodicea, Hume la habría condenado a las llamas, Kant habría justificado la posibilidad de un trascendentalismo, Fichte contrapuso el trascendentalismo respecto del naturalismo, Hegel los habría tratado de hacer compatibles. b) *El posterior periodo moderno* reconstruye en primer lugar la *tradición analítica*. Frege habría puesto a la crítica semiótica del sentido bajo escrutinio. El primer Wittgenstein habría analizado la posibilidad, los fines y los límites del sentido, separando claramente entre tres supuestos, como son el sentido, los errores del sentido y el sinsentido. El segundo Wittgenstein, por su parte, habría hecho descender la utilización metafísica del análisis de las palabras en general a su uso meramente cotidiano. Carnap defendió programáticamente la definitiva eliminación de la metafísica respecto de la crítica semiótica del sentido, a pesar de propiciar en gran parte todo lo contrario. Quine llevó a cabo en este contexto la defensa a ultranza del naturalismo. Lewis puso la metafísica al servicio de la filosofía. Finalmente, Dummett habría localizado las bases lógicas de la metafísica. c) La tercera parte reconstruye las *tradiciones no analíticas* de la filosofía moderna en su versión claramente continental. Nietzsche habría sometido la crítica semiótica del sentido a un escrutinio de carácter anticonvencional aún más amplio. Bergson habría considerado la metafísica del sentido como un ámbito convencional de pura creatividad vital. Husserl transformó la constitución del sentido en el objeto propio de la filosofía, dando lugar a un trascendentalismo aún más radicalizado. Heidegger dejó la “existencia”

fuera de este tipo de procesos, sin admitir la reducción del sentido del ser a un mero análisis semiótico del las virtualidades convencionales del sentido. Collingwood habría descubierto la necesidad de las convenciones semióticas al modo de auténticas condiciones de sentido de la posibilidad de una metafísica como historia. Derrida inició la llamada deconstrucción de la crítica semiótica del sentido emprendida a su vez por la metafísica, a pesar de conseguir en gran parte lo contrario. Deleuze, finalmente, persiguió el logro de algo completamente diferente, apostando por la posibilidad de una permanente creación de sentido, llegando a lo que ahora se considera la cima de este tipo de planteamientos.

Para concluir, una reflexión crítica. Moore señala reiteradamente la génesis aristotélica de la cuestión semiótica y metafísica del sentido. En efecto, en su opinión, el primer requisito que debe cumplir una proposición con sentido es que tenga la posibilidad de ser o de no ser, sin que haya una tercera posibilidad, con anterioridad incluso de que pueda ser considerada verdadera o falsa, o de que pueda ser expresada lingüísticamente de una forma adecuada o no. Sin embargo, no siempre es consecuente con este recurso a los primeros principios de la filosofía primera. Y en este contexto: ¿no habría sido posible recurrir a la teoría de la infradeterminación (*underdetermination*), al modo de Kripke, Craig o Putnam, para justificar estas diversas versiones científicas, éticas o teológicas del posible sentido o sinsentido de los conceptos o representaciones, sin cifrarlo todo en el uso meramente convencional o no de las palabras, como al parecer no sólo ocurrió en Geach, sino también en Peirce?

Carlos Ortiz de Landázuri. Universidad de Navarra
cortiz@unav.es

ORIO DE MIGUEL, BERNARDINO

Leibniz. Crítica de la razón simbólica, Comares, Granada, 2011, 143 pp.

Bernardino Orio de Miguel ha realizado un novedoso trabajo exegético sobre el pensamiento del filósofo, científico, matemático y di-